

Margaret Brehony y Nuala Finnegan, coords., *Irlanda y Cuba. Historias entrelazadas*, Ediciones Boloña, La Habana, 2019, 270 págs.

ISBN: 978-959-294-207-3

Imilcy Balboa Navarro, Universitat Jaume I

En Cuba, a lo largo del siglo XIX, el debate sobre el poblamiento tuvo como eje fundamental el problema de la mano de obra. Asentar población y procurarse brazos para la agricultura insular se convirtieron en sinónimos. Colonización e inmigración, en consecuencia, fueron conceptos que estuvieron mezclados y se usaron indistintamente para definir actividades diferentes pero que en la práctica se presentaban a menudo asociadas.

El éxito de la fórmula azúcar-esclavos había condicionado la posibilidad de contar con una corriente continuada de inmigración libre. Por un lado, la existencia de la esclavitud había viciado las relaciones laborales y generado una actitud de rechazo a las labores agrícolas en los ingenios, consideradas como trabajo exclusivo de los africanos. Del otro, debemos tener presente factores como la ausencia de medidas encaminadas a facilitar el acceso a la propiedad de la tierra, los bajos salarios en comparación con el elevado coste de la vida y las condiciones climáticas e higiénicas de la isla. La mayoría de los proyectos de inmigración blanca culminaron con un escándalo o con la marcha de los inmigrantes a las ciudades. Por lo que estas iniciativas fueron limitadas y no alcanzaron a solucionar los problemas relacionados con el aumento de la fuerza de trabajo en la agricultura.

Irlanda y Cuba. Historias entrelazadas, viene a aportar al debate sobre la inmigración en la isla, una parcela particular y apenas estudiada: la inmigración irlandesa. El volumen coordinado y editado por Margaret Brehony y Nuala Finnegan trata de establecer un puente -como declaran las coordinadoras en la Introducción- entre dos elementos comunes del pasado de ambas islas: su condición colonial y de religión católica, para rastrear la presencia irlandesa en la mayor de las Antillas, que fue pequeña, es cierto, pero que pervive en los apellidos, fácilmente identificables, y nos devuelven a algunas de estas familias con un pasado esclavista, emparentadas con las elites insulares; junto a los que se asentaron a los campos y ciudades vinculados a los proyectos de colonización, la construcción del ferrocarril, o determinados oficios urbanos.

El libro reúne una serie de estudios de especialistas en literatura e historiadores, que nos van presentando a determinadas figuras, más o menos conocidas, junto al resto de inmigrantes -pocas veces mencionados- que llegaron a la isla en busca de un futuro mejor.

El capítulo I, “La llamada de la libertad: la voz de Richard Robert Madden en el movimiento antiesclavista,” a cargo de Gera Burton, desde una perspectiva menos conocida en la historiografía cubana, aborda la labor antiesclavista de Madden, como funcionario del gobierno británico, en un triple escenario: Jamaica, Cuba y Gambia. Las presiones que tuvo que enfrentar por parte de los propietarios de esclavos en las dos primeras islas; y en África, los incumplimientos de las compañías británicas involucradas en el tráfico con el establecimiento del “sistema de prendas.” Para terminar con los desacuerdos de Madden con su propio gobierno y su ostracismo.

En un segundo bloque podemos agrupar los estudios dedicados propiamente a analizar la inmigración irlandesa a la isla desde varios ángulos: los proyectos de inmigración-colonización,

los enterramientos y la inmigración de mujeres. Aquí encontramos el capítulo 3 de la autoría de Margaret Brehony, “Procesos de ‘blanqueamiento’ étnico y políticas de raza, trabajo e identidad nacional,” el cuarto, escrito por Giselle González García, “Morir en La Habana: microhistoria de los inmigrantes irlandeses enterrados en el Cementerio General (1859-1862) en la Cuba colonial: un estudio de caso de inmigrantes irlandeses (1818-1845),” y el quinto acápite de Rafael Fernández Moya, “Diáspora irlandesa en Cuba: presencia de la mujer en el desarrollo económico y social.”

La llegada de irlandeses a Cuba venía avalada por la Real Cédula de colonización de 1817, destinada al fomento de la población blanca con peninsulares y canarios, o en su defecto con europeos católicos de potencias amigas. Pero en realidad fue marginal dentro de los proyectos de colonización y el número de estos, al parecer fue mucho menor que la corriente de trabajadores “irlandeses y católicos” que desde Estados Unidos llegó con destino al ferrocarril, y que las propias autoridades situaban en la década de 1850 en poco más de 600 trabajadores (ANC, Fondo Gobierno Superior Civil), mientras llamaba su atención la escasa relación con los habitantes y el resto de trabajadores, viviendo confinados en los puntos habilitados por las compañías. El trabajo de Brehony se inserta en el debate inmigración-colonización presente en la isla a lo largo del siglo XIX, al que hemos hecho referencia al inicio, y pone el foco de atención en los inmigrantes con menos recursos que embarcaban persiguiendo las promesas de una vida mejor y tuvieron que enfrentarse a privaciones de todo tipo para finalmente verse obligados a abandonar las colonias donde se ubicaron inicialmente. Al propio tiempo extiende su análisis a las ciudades, así como a las condiciones de vida y trabajo para adelantar una hipótesis: en el caso de los colonos irlandeses la coerción laboral pesaba más que los condicionantes étnicos.

En “Morir en La Habana,” González, a partir de los registros de enterramientos en el Cementerio general de La Habana (hoy cementerio de Colón), a los que añade los de la parroquia de Ceiba Mocha en Matanzas -aunque no aparecen el título- y a partir de una lista de poco más de un centenar de enterramientos, extrae algunas conclusiones interesantes, que le sirven para caracterizar este tipo de inmigración compuesta mayoritariamente por hombres solteros, que murieron entre los 30 y 39 años, en hospitales dedicados a la caridad pública, lo que demostraba que de forma general, carecían de recursos. Mientras Fernández Moya describe la presencia de las mujeres en la diáspora irlandesa rastreando los matrimonios, pero también a aquellas que sobresalieron en las artes o que practicaban diversas profesiones como enfermeras, maestras o cuidadoras de niños, junto a las trabajadoras del servicio doméstico, las minas de cobre de Santiago de Cuba, el ferrocarril o la prostitución.

La inmigración de irlandeses a los dominios de España en América y el papel del Colegio de los Irlandeses o Colegio de San Patricio de Nobles Irlandeses (Salamanca, fundado por Felipe II), en la conformación de una elite religiosa, militar y administrativa, ha sido un tema recurrente en la historiografía (ver por ejemplo Peadar Kirby, *Ireland and Latin America: Links and Lessons*, Gill and MacMillan, Dublín, 1992 y Román Álvarez Rodríguez, *Los irlandeses en Salamanca: un legado secular*, Centro de Estudios Salmantinos y Salamanca Ciudad de Cultura y Saberes, 2016). Este interés toma cuerpo en el libro en tres capítulos, el segundo: “La conquista del espacio atlántico sobre hombros negros,” escrito por Julio David Rojas Rodríguez; el sexto: “James O’Kelly: corresponsal de guerra en Cuba,” de José Antonio Quintana García y el séptimo: “José Martí: el retrato olvidado de Oscar Wilde,” de Félix Flores Varona.

El estudio de Rojas, siguiendo la estela de los emprendidos por José Manuel Serrallo Álvarez y Allan J. Kuethe (“La familia O’Farrill y la élite habanera,” en Julián B. Ruiz Rivera y Manuela Cristina García Bernal eds.), *Élites urbanas en Hispanoamérica. De la conquista a la independencia*, Universidad de Sevilla, Sevilla, 2005) que examina la familia O’Farrill y su estrategia para conseguir la preminencia social a través de los matrimonios y la carrera militar, centra su atención específicamente en las implicaciones de la saga familiar en el comercio de esclavos para destacar que fue la familia que se mantuvo activa durante más tiempo en la trata de africanos, desde la llegada del primer O’Farrill como factor de la South Sea Company hasta la factoría de esclavos que mantuvieron en la costa de Gallinas (Sierra Leona). Los acápites de Quintana y Flores que cierran el volumen, examinan respectivamente las circunstancias del viaje de James O’Kelly, como corresponsal del *New Herald* y su obra resultante: *La tierra del mambí*; y la percepción que tuvo José Martí del escritor Oscar Wilde, a partir del texto publicado en 1882, menos trabajado por la historiografía, según señala el autor.

En el capítulo introductorio las editoras, Brehony y Finnegan, destacan que el volumen “hilvana historias dispares sobre diáspora y movimiento; historias sobre sufrimiento, triunfo, integración y aislamiento” y en este sentido *Irlanda y Cuba. Historias entretrejidas*, cumple su objetivo apoyado en fuentes documentales y periódicas, registros parroquiales, libros de cementerios, y testimonios de la época, que ponen “rostro” a la inmigración irlandesa a la isla y su aporte a la sociedad cubana.